

El Hueco

Gloria Llopis Prendes
Psicólogo-pedagoga
Coordinadora del proyecto *Límite Humano*
La Habana, Cuba



Vista de El Hueco

El enfoque sobre el racismo requiere apropiarse también, y sobre todo, de las historias de vida. Los testimonios de las víctimas, los estudios de caso, la sociología urbana y las narrativas locales dicen mucho más a veces que el análisis teórico a partir del estudio de largos tramos de la historia nacional.

Una historia del presente puede ser más instructiva para ilustrar y comprender el racismo que el rico debate desde categorías analíticas. Sin éste no es posible entender el lugar,

el sustrato, las formas sinuosas y el enmascaramiento social del racismo, pero sin una sinopsis local y específica de su manifestación, el racismo vuelve a esconderse y tiende a perderse en el conflicto ideológico o en el victimismo del que tanto acusan a los luchadores antirracistas.

La propuesta inicial de reconstrucción del mapa cubano del racismo recorre cómo se manifiesta en los diversos pueblos del país, donde habitan y conviven negros y blancos. El contraste entre imágenes, modos de vida, ocu-



Residencia en el pueblo de Batabanó

paciones y profesiones, más la conciencia del fenómeno pueden aportar mucho al muestreo del racismo. No es lo mismo su manifestación en las urbes y ciudades de mediano tamaño, que su expresión en pueblos pequeños de tradiciones muy diversas. No es la misma intensidad y virulencia con el que se manifiesta en el centro de Cuba, donde residen descendientes de españoles provenientes de territorios insulares, que vinieron como colonos, que en regiones donde los negros pueden ser mayoría o suelen estar históricamente más mezclados. El racismo estructural puede ilustrarse mejor paseando la geografía nacional que indagando su percepción subjetiva.

El Hueco es una comunidad dentro de otra comunidad mayor: Batabanó. Su creación tiene fecha generacional. Constituye un espacio urbano construido en los años 80 del siglo XX, en los límites del pueblo más antiguo y tradicional. Su nombre es índice de lo bajo y lo inhabitable, como resultado lógico

de la rica capacidad del bautizo popular para reflejar la correspondencia entre nombre y contenido. En El Hueco habitan doce personas relativamente jóvenes, incluyendo niños. Sólo dos no son negras y todas nacieron todas después de 1959. Este poblado no cuenta con las condiciones mínimas de los hábitats urbanos: agua, alcantarillado, pavimentación y luz propia. Tiene que proveerse de agua en común a través de una manguera instalada en otro lugar. Igual ocurre con la electricidad y otros servicios vitales.

En estas condiciones infrahumanas y humillantes se alza una villa-miseria improvisada, junto a fronteras difusas y movibles. La gente trabaja para campesinos, todos blancos, en la cosecha del arroz. Algunos se dedican a preparar alimentos para los trabajadores y otros se emplean, para sobrevivir, en trabajos informales y provisionarios.

El contraste entre mundos de vida se hace más visible aquí de lo que puede ser en espacios

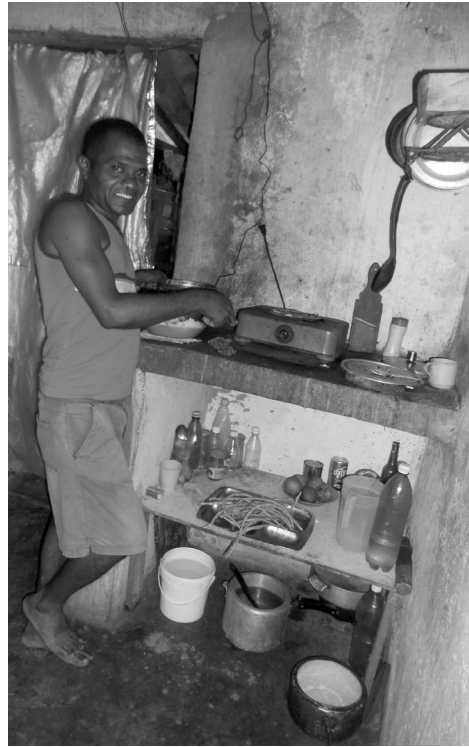
urbanos más grandes, donde las diferencias pueden ser amortiguadas tanto por las distancias como por las diversas gradaciones. La sola comparación entre las imágenes da una idea de la fuerza de estos contrastes en Batabanó, fortalecidos por su aislamiento, casi natural, de los demás centros urbanos.

El Hueco es una muestra micro-sociológica de racismo estructural en cuatro sentidos. El primero tiene que ver con el más tradicional, el histórico heredado; el segundo se relaciona con su reproducción socio-clasista después de 1959, en la que los roles sociales y culturales colocan a los negros en los sectores más bajos; el tercero se vincula al lugar específico de los negros en las zonas rurales, donde la propiedad de la tierra sigue la línea del color; y el cuarto refleja la transferencia del racismo típicamente urbano a los espacios rurales.

La rara especificidad de El Hueco estriba en haber trasplantado al campo la típica villa-miseria de las grandes ciudades. Como concepto no hay diferencias con respecto a La Cuevita (Cotorro, Ciudad de La Habana), los albergues ubicados en el reparto Bahía (Habana del Este) o VI Congreso (entre Lawton y Diezmero). En todos el grueso de la población es de raza negra.

En El Hueco se unen racismo moderno y antiguo, es decir: se unen el desprecio antiguo y moderno. Sus habitantes son negros urbanos nacidos en un medio rural y sufren el tradicional racismo paternalista del campesino y el racismo actual de los que conviven en los márgenes inhabitables del espacio vivible y segregado.

La amenaza de que este proceso enquisté el racismo es patente. La mentalidad rural es más reacia a entender sus propios problemas subjetivos y menos dada a percibir la anormalidad de ciertas diferencias sociales. En Batabanó, El Hueco se ve como normal porque se



Residente de El Hueco

entienden como naturales las diferencias entre negros y blancos. Quienes habitan allí no son más que los herederos naturales de gente diferente, que no están en condiciones de manejar la tierra ni de gestionar su propiedad. Como ayer con los negros del barracón, ellos tienen hoy que construir su hábitat en los márgenes de las fincas o de los pequeños negocios de una pobre vida comercial.

El Hueco fue nombrado por sus propios habitantes y muestra cómo se sienten sus moradores: hueco es sinónimo de vacío. Si lo analizamos desde el punto de vista psicológico, estas personas son infelices, casi siempre tristes. Desgraciadamente sufren doblemente: por la discriminación racial y o por la cada vez más marcada diferencias de clases que se acrecientan en Cuba, donde la raza negra es la más perjudicada.